Como la Iglesia, tuvo sus flujos y reflujos, sus derrotas y victorias; pero como el espíritu divino la animaba infiltrándole vida y unidad, un vigor impulsivo recorre constantemente la variable vida de la Orden haciéndole respirar el vivificador soplo de San Francisco. La historia de la Orden franciscana es una historia de idealismo, porque el genio que influenciaba sus setecientos años de vida y que provocaba la formación de grupos aislados no consentía a éstos separarse de su ideal. Todos ellos estaban influenciados por la dramática vida de Jesucristo resucitada en la Orden. Si algunos hermanos conseguían crear un grupo presidido por los ideales de San Francisco en toda su pureza y se reunían bajo el nombre de «Espiritualistas»; si otros, por el contrario, teniendo en cuenta la debilidad humana pretendían aproximar a la realidad de la vida el ideal franciscano, ninguno de los dichos grupos se separó ni una línea del ideal fundamental de San Francisco pensando constantemente

en el provechoso beneficio de la Comunidad con la vista fija en la personalidad de su fundador.

Así recorre a través de la Orden franciscana, como verdadero reflejo de la vida universal del alma, la grande y doble idea por el ideal, y es muy instructivo observar cómo el dualismo que hallamos en todas partes en los combates de la vida humana servía más tarde a la sabia intención de Dios, y más bien para fortalecer la orden que para dar actividad a sus miembros en el terreno religioso cultural. De entre sus filas salieron santos, papas, obispos, hombres de conciencia y de vida, en crecida cantidad. Y como hace setecientos años, conserva entre el pueblo su misma plenitud de vida. Es una activa propaganda por toda la tierra, y se divide, con sus diecisiete mil miembros, en doce llamadas *circunscripciones*.

Cada circunscripción comprende algunas provincias y todas ellas están reunidas bajo un ministro general residente en Roma. Ale-

mania cuenta en su territorio cinco provincias de franciscanos: sajona (con residencia en Düsseldorf), bávara (en Munich), turinga (en Fulda), tirolesa (en Insbrük) y silesiana (en Breslau). Las cepas que San Francisco plantó en el suelo de Umbría se han transformado en una gran parra que extiende sus sarmientos sobre tierras y mares.

«Extendit palmites suos usque ad mare et usque ad flumen propagines ejus . . . .» (Salmos 79,12).

En el claustro.

Jamás las viejas catedrales muestran sus riquezas a un observador superficial. Es necesario, para descubrirlas, visitar sus recintos interiores, inmensos y poblados por el silencio, sus secretas capillas, sus más apartados rincones, plenos de santa devoción; es preciso arrodillarse, rezar y abrir paso a la santidad del lugar para que en uno mismo penetre. Después, todo habla al unísono: la arquitectura, la pintura y la serena espiritualidad que penetra en el alma, que vuela en derredor de las columnas y arcos.

Una Orden de secular existencia conserva sus edificios, levantados en los tiempos más remotos, como una catedral rica en recuerdos y piadosamente devota entre las naciones.

Esta apreciación es solamente asequible para aquellos que observan y viven la vida que imprime a sus claustros alma y carácter.

Alguna vez hemos acompañado al infante que ha sido escogido por Dios para ingresar en la Orden franciscana. Con el noviciado comienza el año de prueba prescrito a todas las órdenes y comunidades. ¿Qué es el noviciado franciscano? Un año lleno de sol, alegre, vívido, interno, reconcentrador, pues no es difícil escuchar varones de cabellos encanecidos en la vida monástica, que dicen añorando: «El año de nuestro noviciado fué para nosotros el más hermoso año de nuestra vida.» En él, el joven predestinado comienza a sentir la regla y el alma de San Francisco; conoce de cerca el especial carácter de la Orden; contempla, aunque desde lejos, pero de una manera clarividente y solícita, las radiantes figuras que surgen del estado eclesiástico del gran pasado como imágenes vivientes de San Francisco. El trabajo, las oraciones y los recreos se alternan, haciéndola

agradable, en la ordenada distribución del tiempo, de tal manera que el alma y el sentido conservan su frescura lozana, y que la vida interna, que exige piedad y recogimiento religioso, es feliz. Durante el día y durante la noche se reza, en una hora prefijada, la oración de coro prescrita. ¡Sí, también de noche! Y ningún novicio rechazaría voluntariamente esos minutos de elevación a Dios. La oración nocturna franciscana es un acorde de Asís, un fulgurar de estrellas de Umbría, una refrescante sombra del monte Subasio. Geibel ha retratado esta plegaria, cantando:

¡Oh! ¿qué es lo que en tan tranquila noche
Corre a través de un alma humana?
Durante el día nadie pensó en ello
Y ninguna canción terrena lo pronuncia.
Es un soplo que, maravilloso,
Viene de nuestro país eterno,
Un mirar cariñoso profundo y claro,
¡Casi una sonrisa, casi una oración!

Entonces sientes tranquila e incorpórea
Reinar una bendición alrededor de ti;
Sientes que descansas en el seno de Dios
Y donde caminas, El vaga también.
Las lágrimas se secan,
Las espinas llevan ardor de rosas,
El amor surge como un cisne
Del brotar profundo de tu vida.

Bastante, bastante, cesa mi canto
Porque lo que fluye en la Noche a la luz de
[la luna
A través de un alma (mortal) humana,
Eso no lo dice ninguna poesía supraterrena;
Es un soplo que allá, maravilloso
Sopla de la palma dorada de paz,
¡Un mirar sin palabras, profundo y claro,
una semi sonrisa, una semi oración!

Para poder apreciar la intensa beatitud de tal poesía, es preciso haber experimentado el entusiasmo que en tan hermosas noches

recorre al alma. Paulatinamente, lentamente, las oscuridades de las noches rodean al solitario que reza, mientras la luz eterna, cual si fuese los ojos del Salvador, le mira desde la altura donde brillan las estrellas o la luna acompañadas de serenas nubes que recorren su argentada vía. ¡Cuántos santos y misioneros han resuelto en tales meditaciones los más formidables sacrificios de su vida! Además, la penitencia que acompaña estas meditaciones nocturnas y a las oraciones del día, unida a los ejercicios de la vida de la Orden, es para el joven muy sencilla. Ayudado por la gracia, guiado por escrupulosos consejeros, se habitúa sin grandes dificultades a la vida franciscana.

Con la prestación del voto termina el año de prueba y comienza el tiempo de estudios, que dura seis años, de los cuales cuatro semestres los consume la filosofía y diez la teología. Quien de una manera atenta mire hoy la vida y conozca las dificultades casi inexpugnables que surgen de la propia vida

del alma, y de la ciencia, y de la actividad pastoral, del gran interés que comprende el pueblo y las clases superiores, tiene que convenir en que el largo camino de estudios es necesario, y que en realidad presenta sólo el más corto para el desarrollo del alma.

Los métodos de enseñanza reciben un gran beneficio con la imposición de estudios filosóficos y teológicos y las antiguas escuelas escolásticas de la Orden. No implica esto que los estudios estén encerrados en los escasos límites de una escuela parcial. No; marchan, de acuerdo con las exigencias de la época, hacia la investigación, la descripción y la práctica de la verdad, procurando unir el inapreciable bien de los pensamientos de un Buenaventura, Sikotos y otros, con los métodos y resultados puestos en práctica y obtenidos por la investigación moderna. El método franciscano de enseñanza está condensado en los siguientes conceptos: devoción ante el genio tradicional de la Orden, decidida y cautelosa manera de encauzar la moderna

vida científica por el camino conservativo de los estudios.

Paralelamente al desarrollo del alma marcha el desarrollo religioso moral, que recibe cuidadosas atenciones durante los años preparatorios para el definitivo ingreso en la Orden. En conferencias semanales, el ideal de la Orden surge año tras año ante el alma de los jóvenes religiosos. Las riquezas de la vida monástica en la Orden franciscana, tales como el riguroso reparto del día con sus prefijadas horas de oración, con sus costumbres de fuerza ascética, se hace substancialmente más profundo y aumenta por las polémicas y controversias, que respiran el genio del Salvador y el de San Francisco. Los seis años de estudios constituyen una marcha tranquila, orgánica, que forma las almas abonándolas para percibir el pensamiento y la vida de la Orden.

Un beneficio especial produce el hecho de que la educación recorra los caminos de una tradición de setecientos años, que en ellos

ha impreso fuertes y salientes rasgos, a pesar de sus momentáneas interrupciones.

Las opiniones sobre ascetismo han cristalizado en axiomas del arte vital franciscano en las propias personas de los santos de la Orden, en su literatura, costumbres, y por último en los procedimientos de edificar y disponer los claustros. Se revelan, con especial intensidad, las grandes e impulsadoras ideas de pobreza, de desprecio hacia el mundo, de mística alegría, de inocente amor hacia el Salvador, de devoción y de cariñosas plegarias. Y todos esos pensamientos educativos no residen solamente como oscuras teorías en los libros de enseñanza de la Orden, sino que encuentran forma corporal en sus santos varones y lo encuentran en piedra e imagen, a cada paso, los jóvenes frailes, fortaleciéndoles estas visiones en sus aspiraciones. Tanto el anciano varón enclaustrado cuanto el joven neófito y el hermano láico, se encuentran felices y seguros bajo las alas de semejante genio. Para siempre, reina el

convencimiento de que el ascetismo de la Orden es cierto, evidente, seguro, porque fué probado y purificado en el transcurso de los siglos. Ya de por sí, los viejos claustros, esos mudos testigos de una vida humana extinguida desde hace mucho tiempo, son una valiosa escuela de la tradición y educación religiosa. ¿Quién no los conoce, esos profundos y tranquilos rincones de ventanas con sus pábilos, sus sarmientos y sus luces oscuras, donde moran los siglos pasados absortos en oraciones y meditaciones; donde los espíritus de pasados tiempos discurren por los silenciosos corredores, y donde en los retratos al óleo, de color oscuro, brilla desde lejos, la hermosa alma cristiana que, antaño, también rezaba y esperaba en tales sitios? No es sorprendente que en semejantes lugares, donde vive la tradición, la oración surja expontáneamente del alma. Cuando los claustros se envuelven en una atmósfera espiritual donde el alma, sin excitación alguna disfruta de plena tranquilidad y retrocede a

la vida pletórica de Jesucristo y San Francisco, no es posible apreciar con justa medida el valor de los viejos edificios franciscanos, con sus recuerdos, morada de cultura intelectual de todo monje.

Con la consagración sacerdotal el joven franciscano comienza su tema esencial de vida consistente, a grandes rasgos, en la unión de la vida monacal con la actividad entre las amplias clases del pueblo. Pero la actividad de la profesión religiosa será aplicada a diferentes objetos, dependientes de las disposiciones naturales del joven sacerdote y de las situaciones en que se encuentre. Uno toma la cruz y camina con la bendición y la obediencia a través de los campos cercanos o de países ultramarinos, para predicar a Cristo. Otro agota sus energías en discursos y conferencias que generalmente pronuncia en asociaciones cristianas de ambos sexos e incluso en otros monasterios. Algunos aplican sus actividades a distritos rectorales, a iglesias enclaustradas, e incansables en la

aplicación de auxilios espirituales. También, para los monjes aptos, están abiertas las puertas de las universidades, y en el interior de los claustros se amplia hasta un grado sumo, el estudio de la filosofía y la teología. Así, el sacerdote franciscano, mediante un noble y vivificador trabajo del genio conducido por la gracia y elevado por ella por el conjunto de unidad y las viejas tradiciones, se habitúa a su especialidad dentro de la Orden. Vive una vida plena dentro de su pobre celda, en la pequeñita iglesia del claustro, y en cualquier parte donde se halle activa su cariñosa hermandad con alegrías infantiles, con santas oraciones, con puros idealismos y su alma pletórica de alegría, marcha hacia la eternidad.

«Pauper et humilis cœlum dives ingreditur . . .»